

EL PRISMA DEL PASADO EN EL CAMBIO DE SIGLO:
USO DE LAS FERIAS MUNDIALES. LA EXPOSICIÓN
PANAMERICANA DE 1901 COMO ESTUDIO DE UN
CASO CONCRETO

*The Prism of the Past at the Turn of the Century: The Use
of World Fairs. The Pan-American Exhibition of 1901
as a Case in Particular*

Michael FRISCH

*Department of History, Faculty of Social Sciences, University at Buffalo, State University of
New York, Buffalo, Nueva York 14260-4130, Estados Unidos*

BIBLID [(1998) 16; 123-136]

RESUMEN: Definir el concepto de cambio de siglo y su más profundo significado histórico representa o supone una difícil tarea historiográfica, toda vez que sobre la misma influyen las distintas formas de ver la historia que se suceden en el tiempo. El objeto de este artículo es tratar de percibir el entramado global que se manifiesta en el cruce de los siglos XIX y XX a través de los elementos históricos —mensajes, intereses, grupos, mentalidades colectivas, técnicas, etc.— que pone al descubierto un acontecimiento de tanta envergadura como fue la Exposición Panamericana de 1901, una de las más importantes ferias internacionales de aquella época.

Palabras Clave: Cambio de siglo, ferias internacionales, proceso histórico, visiones nacionales, imaginario colectivo.

ABSTRACT: To define the concept of “turn of century” and its deepest historical significance entails a difficult historiographical task in view of the fact that it is affected by the different ways history is seen over time. The object of this article is to try to perceive the overall framework revealed at the conjunction of the 19th and 20th centuries through the historical elements —messages, interests, groups, collective mentalities, techniques, etc.— expressed in an event of such magnitude as the Pan-American Exhibition of 1901, one of the most important international fairs of that era.

Key words: Turn of the Century, International Fairs, Historical Process, National Views, Collective Imagination.

Permítanme empezar esta exposición indicando que otorgar un significado histórico preciso al concepto de fin de siglo constituye, por definición, una empresa problemática y contradictoria. En mi opinión un enfoque mucho más provechoso consistiría en interrogarse, en primer lugar, por el modo en que tales “momentos” históricos ejercen la función de puntos focales de la imaginación, tanto para sus contemporáneos como para la propia imaginación histórica. Partiendo de esta idea, quizás nos encontraríamos en mejor situación para tratar de delimitar con precisión que es lo que estamos tomando en consideración cuando tratamos de comprender la compleja constelación histórica de fuerzas, estructuras y modelos de cambio que convergen en el final del siglo XX.

En el núcleo de esta ponencia —que no es más que un somero esbozo de un proyecto de investigación de mayor envergadura en el que me he embarcado recientemente— trazaré a grandes rasgos los parámetros de un estudio monográfico que guarda estrecha relación con el tema más amplio que nos ocupa. Se trata de una de las más importantes ferias internacionales del cambio de siglo, la Exposición Panamericana de 1901, celebrada en Buffalo, estado de Nueva York; la ciudad en la que resido y trabajo. Al igual que ocurrió con las otras grandes ferias mundiales de la época —Chicago (1893), Paris (1900), y San Luis (1904)— esta feria aunó de forma condensada y espectacular casi todas las dimensiones imaginables de una historia que, a escala nacional, hemisférica y mundial, se hallaba inmersa en un acelerado proceso de cambio. Se trataría por tanto de un texto de inusitada densidad que nos permitiría comprender el mundo finisecular en sus propios términos, con toda su complejidad, sus controversias y contradicciones.

Quisiera hacer notar desde un principio algo que parecerá obvio: el carácter radicalmente artificioso del concepto de cambio de siglo. La historia no se mueve según los ritmos marcados por el calendario y, menos aún, por esos cambios de página arbitrarios que son los finales de década, de siglo o de milenio y que, de forma generalizada, suelen utilizarse para imaginar y delimitar los modelos de cambio. Cuando hablamos, por ejemplo, de la década de los 20 o de los 60, somos perfectamente conscientes tanto de la discutible validez de esas rúbricas, como de lo difícil que resulta prescindir de la comodidad de tales simplificaciones. Sin embargo, los siglos y las décadas nos sirven al menos para delimitar unos períodos de tiempo bien diferenciados, en el seno de los cuales es posible distinguir, o al menos tomar en consideración, una serie de modelos de cambio. Estas categorías se hallan sólidamente ancladas en la experiencia personal y generacional de los individuos, de tal modo que el recurso generalizado a las mismas afecta profundamente a la configuración de la memoria y la conciencia históricas —o lo que es lo mismo, a la propia configuración de la historia.

Pero el concepto de cambio de siglo resulta todavía más problemático, pues se trata de una noción basada no en una línea, espacio o extensión temporal, sino en un punto. Si bien es cierto que tal punto tiende a extenderse hacia adelante y

hacia atrás en el tiempo con objeto de definir una época finisecular, no es menos cierto que resulta difícil sustraerse a la artificiosidad de su presunción básica, a saber, que un determinado punto temporal es mucho más significativo que cualquier otro (vendría a ser como si estableciéramos una relación necesaria entre el paso de los 99. 999 a los 100. 000 kilómetros en el cuentakilómetros del coche y la distancia que marca el mojón de la carretera en que se había producido tal cambio).

A ello se podría replicar que, por más artificiosos que sean, en la medida en que somos conscientes de ellos y les atribuimos un significado, tales puntos temporales terminan por actuar como ámbitos de significado en su momento y, posteriormente, como ejes de la memoria histórica. No tengo nada que objetar a tal aseveración, pero quisiera proponer que contempláramos la cuestión de los cambios de siglo desde una óptica diferente; una óptica que nos permitiera darnos cuenta de que la importancia y el interés del concepto del fin de siglo reside precisamente en aquello que lo hace más problemático.

Con ello quiero indicar que es justamente su carácter abstracto, artificial y arbitrario lo que hace de esos puntos focales de interés que son los finales de siglo, una herramienta de análisis histórico de la máxima utilidad. La razón de tal utilidad estriba en que, al tratarse de un concepto tan vago, al menos en principio, ningún relato, tema o marco estructural adquiere preeminencia sobre cualquiera de los demás. De este modo, toda investigación debería empezar por considerar tal punto temporal como una especie de lente a través de la cual se filtrara el vasto espectro del cambio histórico. Nos enfrentaríamos, por tanto, a una miríada de dimensiones —que van desde la política mundial a la historia de la tecnología, la propiedad inmobiliaria, la expresión artística o la estructuración de los roles domésticos y del espacio social— que se moverían siguiendo distintas trayectorias y sometidas a factores y tasas de cambio altamente diferenciados pero que, en última instancia, vendrían a confluir todas en un mismo punto temporal. Los cambios de siglo funcionarían a modo de puntos estratégicos que despertarían un mayor grado de interés, congregando a gran número de espectadores que, entonces como ahora, tratan de encontrar un sentido al transcurso de los acontecimientos.

Desde mi punto de vista, de lo que se trata no es tanto de investigar el significado de tal o cual hebra del gran tejido del cambio histórico, sino de esforzarse por percibir el entramado global que se manifiesta en un momento determinado. O, por cambiar de metáfora, de contemplar el cambio de siglo como una especie de destello de luz artificial que alumbrara un vasto panorama histórico - panorama más vasto y de estructuración mucho más compleja que el abarcado habitualmente por los historiadores, dada nuestra tendencia a centrarnos estrictamente en una serie de temas, relatos, problemas y debates, necesariamente concretos y parciales.

Sin embargo, dado el carácter más bien pasivo de este concepto —se produce el destello y sólo entonces contemplamos lo que nos revela— sería conveniente forzar un poco más la metáfora para ajustarla mejor al carácter dialéctico de este proceso imaginativo, y concebir este punto temporal arbitrario que cons-

tituye el cambio de siglo como algo similar a un prisma, cuyo funcionamiento sería justamente el inverso al del rayo láser. En vez de concentrar la diversidad en un chorro de luz, denso y potente, el prisma deconstruye el haz de luz y proyecta su espectro luminoso en una disposición determinada, permitiéndonos así percibir y analizar todas las partes que lo componen e investigar que consecuencias pueden derivarse de la composición, distribución y posicionamiento de unas con respecto a las otras.

No sin antes pedir disculpas a aquellos cuya lengua materna no sea el inglés por lo que quizá consideren un exceso de juegos de palabras, creo que, por oposición a la idea de un pasado concebido como “prisión”, podría hablarse de una concepción del pasado como “prisma”. Frente a esa opinión tan difundida que considera que la importancia de la historia podría equipararse a la de una especie de pesadilla, constrictiva y amedrentadora pero de escasa relevancia; imaginar la ilimitada complejidad de la historia en un punto temporal, ubicado de forma consciente entre el pasado y el presente, puede sernos de mucha utilidad en un momento como el actual cuando tratamos de enfrentarnos a la naturaleza contingente y, a la vez, absolutamente impredecible del futuro de nuestra propia época.

Con todo, cabría preguntarse si dentro del mundo real o del registro histórico es posible localizar este tipo de prismas. Recientemente se ha publicado un fascinante libro de Peter Stearns, *¡Millenium III, Century XX!* (1996), en el que se pone de manifiesto como la conciencia del cambio de siglo suele articularse de forma extremadamente parcial, sesgada y problemática. Cuando tratamos de profundizar en estos temas nos vemos constreñidos por los límites que imponen unas fuentes en exceso predecibles. Los editoriales de los periódicos, los testimonios circunstanciales y otros documentos similares tienen interés en sí mismos pero, inevitablemente, dan por sentado muchos aspectos cruciales que podrían habernos servido para elucidar qué es lo que verdaderamente representan tales documentos y cuál es la amplitud y el alcance cognitivo del espectro que proyectan. Dado que tales documentos son ineludible e intencionalmente normativos, resultan de utilidad a la hora de percibir algunas dimensiones de la conciencia de la época; sin embargo, no nos permiten contemplarlas en un contexto cultural más amplio ni investigar en mayor profundidad, o con un grado alto de fiabilidad, su relación con el complejo entramado de cambios económicos, sociales y políticos del que han surgido.

Enfrentados a tamañas dificultades, los investigadores han dirigido su atención hacia fenómenos más pluridimensionales y que cubran un mayor número de facetas, por ejemplo, las ferias mundiales. En su caso nos encontramos ante unas construcciones que combinan un carácter tan ostensiblemente material como ideológico y cuyas repercusiones abarcan desde la esfera diplomática hasta el ámbito del entretenimiento de masas o la lucha social. En consecuencia, en estos últimos años hemos asistido a una proliferación de trabajos de investigación en los que las ferias mundiales se conciben como una especie de artefactos o construcciones prismáticas de un modo bastante similar al que he expuesto en páginas anteriores.

Resulta muy interesante comprobar la similitud que existe entre estas investigaciones y mi caracterización del fin de siglo como un tipo peculiar de artefacto

imaginativo. Al fin y al cabo, las ferias mundiales vienen a ser una de las construcciones más artificiales y arbitrarias que quepa imaginarse: creadas de la nada, se despliegan a modo de abigarrado y efímero entorno de escayola y telas de alambre listo para ser rápidamente desmontado, y se alzan cual ciudades fantásticas en agudo contraste con el tejido urbano, complejo y palpablemente real, que las rodea. Cargadas de contenidos temáticos e implacablemente volcadas en la articulación explícita de tales temas a través de las palabras, la estatuaria, el arte y la arquitectura, sus pabellones de exposición y sus atracciones aglutinan infinidad de mundos, pueblos, asuntos y dimensiones, que si bien carecen de una ligazón lineal o narrativa, consiguen englobar gracias a su carácter acumulativo un vasto paisaje por el que el visitante puede navegar a su antojo. Como ha señalado recientemente un experto en el tema, a nada recuerdan tanto como a las búsquedas abiertas en el ciberespacio de Internet que, de hecho, puede sernos útil como metáfora contemporánea.

En suma, cada una de estas ferias servía de lugar de encuentro para millones y millones de personas y de ámbito en el que se reunían y estaban representados una enorme diversidad de mensajes, intereses y grupos, según unas pautas que apenas se veían constreñidas o controladas por el tema del que supuestamente se ocupaba la feria en cuestión. En otras palabras, su función vendría a ser la misma que, según he tratado de demostrar, tiene el fin de siglo: una especie de prisma de la imaginación histórica que a la vez concentra y distribuye la luz histórica en las partes que la componen, mostrando la relación que existe entre cada una de ellas. La fascinación y el interés de las ferias mundiales reside en su propia naturaleza de entornos artificiales, polémicos, arbitrarios y fabricados, que nos permite obtener una visión mucho más interesante que si nos limitáramos a considerarlas como la mera representación de un conjunto de mensajes históricos más particularizados.

Tal concepción ha tenido resonancia entre los historiadores. No es casualidad que, al menos en los Estados Unidos, se haya prestado la máxima atención a las grandes ferias de finales del XIX y principios del XX; desde la gran feria del centenario de la Revolución Americana, celebrada en Filadelfia en 1876, hasta la gran apoteosis modernista de la Feria Mundial de Nueva York de 1939. Buena parte de estos estudios se han centrado en dos ferias que hicieron época: la Exposición Colombina de Chicago de 1893 y la gran Exposición conmemorativa de la Adquisición de Luisiana, celebrada en San Luis en 1904; ambas enmarcan de manera nítida el período finisecular y engloban en su complejidad muchos de los temas cruciales del mismo.

Con todo, considero que muchos de nuestros mejores historiadores han tenido serios problemas a la hora de engranar en toda su amplitud las cualidades prismáticas de estas ferias. En última instancia, puede que ello se deba a que tal enfoque se opone a ese instinto propio de todo buen historiador que le hace aspirar a construir un relato dotado de un enfoque, un argumento y un mensaje coherentes; una inclinación que, en este caso, se manifiesta en la tendencia a ocuparse de una determinada serie de aspectos temáticos o de problemáticas que escapan al ámbito específico de las ferias.

Así, Robert Rydell, nuestro más ilustre historiador de las ferias mundiales, en su excelente obra, *All the World's a Fair* (1984) [Todo el mundo es una feria], organizó su iluminador estudio en torno a un tema que ya se anunciaba en su subtítulo: *Visiones del Imperio en las Exposiciones Internacionales Norteamericanas, 1876-1916*. No cabe duda alguna de que en el mismo corazón de todos estos acontecimientos latían unas determinadas visiones del imperio, pero no es menos cierto que el precio a pagar por las ventajas que puedan derivarse de agruparlos en torno a ese eje interpretativo tal vez sea demasiado alto. Al hacerlo, se limita la posibilidad de apreciar toda la complejidad de la situación histórica que engloban e iluminan. En su obra *Perfect Cities: Chicago's Utopias of 1893* [Ciudades perfectas: las utopías de Chicago del 1893] —un estudio, igualmente espléndido, cuyo tema es la Exposición Mundial Colombina de Chicago de 1893— James Gilbert, inserta dicha feria en el contexto más amplio de las reacciones de carácter utópico de las clases medias ante la complejidad societaria y urbana en sus aspectos económicos, culturales y tecnológicos. Sin embargo, tal enfoque limita en cierto modo el encuadre del tema al pasar por alto otras dimensiones de cambio —particularmente en lo que respecta al contexto global e internacional— y no permite a Gilbert ir más allá de la caracterización de las ferias como eventos receptivos y preceptivos de determinadas visiones utópicas.

Junto a estas obras de la investigación histórica más actual conviven, por supuesto —y en número siempre creciente— gran cantidad de estudios descriptivos de carácter local en los que las ferias se encuentran documentadas con todo detalle y que se ocupan, a menudo con gran agudeza, de la inmensa complejidad de su textura a todos los niveles; desde el ideológico al de la experiencia de las masas. Por desgracia, ocurre con frecuencia que tales obras no hacen sino ilustrar las limitaciones ligadas a una elección excesivamente restrictiva del objeto de estudio: es mucho lo que se aprende en ellas sobre el prisma, pero no tanto sobre la luz que absorbe y expele.

El proyecto que me ocupa en la actualidad —que aún se halla en su etapa inicial y del cual, dadas las limitaciones de espacio, no puedo más que ofrecer un esbozo— se centra en una feria mundial cuya posición estratégica la hace especialmente adecuada para iluminar con su espectro la Norteamérica finisecular. Se trata de la Exposición Panamericana de 1901 que, de forma explícita y consciente, se sitúa entre el final de un siglo y el amanecer de una época radicalmente distinta.

Quisiera empezar por identificar, en sus aspectos más obvios, algunas de las estructuras que confieren a esta feria —mundialmente conocida como “la Pan-Am”— su legibilidad primera como texto histórico; unas estructuras que nos mostrarán la necesidad de ir más allá de tales concepciones, a menudo estáticas, para pasar a explorar el carácter prismático de sus manifestaciones.

Como es natural, la estructura más patente podemos localizarla en su propia denominación y en la temática que se proclama. Es esta una dimensión de la que rápidamente dejan constancia muchos de los investigadores de estas ferias, pero que rara vez analizan de forma exhaustiva, como si se tratara tan sólo de un atributo superficial que ocultara el “verdadero” significado subyacente (De paso, qui-

zás valga la pena destacar lo irónico que resulta que la investigación histórica contemporánea, siempre tan receptiva a los análisis semióticos y de construcción y lectura de textos, muestre esa tendencia a pasar por alto los signos y significantes que se encuentran en el mismo núcleo de este tipo de acontecimientos).

No obstante, en el caso de la “Pan-Am”, no es fácil caer en esa tentación pues —a diferencia de lo que ocurre con muchas otras ferias en las que se conmemoraban hechos históricos distantes en el tiempo: el viaje colombino, la adquisición de Luisiana— el tema de esta feria estaba directamente ligado a intereses y eventos contemporáneos. De hecho, entre el momento de la concepción y preparación de la feria y su celebración, la exposición se vio literalmente sobrepasada por el devenir de los acontecimientos.

La Pan-Am surge en el contexto de la expansión de las empresas y el comercio norteamericanos durante la década de los 90. No es necesaria presciencia alguna para darse cuenta de que el interés creciente por el futuro del comercio en el hemisferio occidental guardaba estrecha relación con el inminente derrumbe final del otrora vasto dominio hemisférico hispano. En su discurso político y diplomático sobre el comercio, los aranceles, la reciprocidad, la libre circulación comercial a escala hemisférica y el poder de los mercados globales —un discurso que presenta paralelismos verdaderamente sorprendentes con los actuales debates sobre el N. A. F. T. A.— los líderes empresariales y políticos norteamericanos no podían ser más explícitos sobre cual era su propósito al hablar grandilocuente de una comunidad panamericana a escala hemisférica liderada por el mundo empresarial y financiero estadounidense. Desde el Congreso, William Mckinley, que pronto accedería a la presidencia, lo expresó sin rodeos, el objetivo no era otro que “arrebatar a las naciones europeas el comercio con Centro y Suramérica”.

Sin embargo, a lo largo de la década de los 90, tal proyecto fue adquiriendo una dimensión más compleja a medida que la retórica de la expansión norteamericana, las críticas al colonialismo europeo —y muy particularmente al español— y las visiones de una comunidad a escala hemisférica comenzaron a conferir a este primer impulso una relevancia política y cultural más amplia que, en mi opinión, no puede reducirse a los meros intereses económicos que se hallaban en su origen. A resultas de ello surgió un plan concreto para la exposición Panamericana que, a partir de ese momento, quedaba orientada y circunscrita de manera fundamental a los países del hemisferio occidental. El impulso vino de un grupo de ambiciosos hombres de negocios que ansiaban situar a Buffalo —en aquél entonces un centro industrial y de negocios inmerso en una espectacular fase ascendente— a la cabeza de esa nueva conciencia hemisférica y del desarrollo comercial que a ella iba aparejado. Tales deseos se vieron alentados por importantes iniciativas a escala nacional, cuyo origen ha de situarse en el interés creciente que iban a despertar —sobre todo a partir de la celebración del primer Congreso Panamericano de 1890— las nuevas estrategias destinadas a reafirmar el liderazgo de los Estados Unidos en el marco hemisférico; estrategias que podríamos caracterizar como una especie de actualización y extrapolación, algo modificada, de la Doctrina Monroe.

Todos estos aspectos encajan a la perfección en el contexto de lo que en esencia era —al igual que ocurría con las demás ferias— un acontecimiento que se concebía, en principio, como una feria de carácter comercial con algunos aditamentos para agradar a las masas populares. En este sentido, no deja de resultar irónico que fuera precisamente el acierto en la elección del tema central de la exposición, la causa de muchas de las dificultades a las que hubo de enfrentarse. Originalmente se había previsto su celebración para el año 1899, pero el estallido de la guerra con España en 1898 obligó a paralizar todos los preparativos. Sin embargo, cuando se reactivó el proyecto tras la espectacular victoria, sus organizadores tuvieron que hacer frente a un clima social, que si bien ratificaba lo acertado de su concepción inicial, también dificultaba su realización. La guerra y sus secuelas no hicieron sino confirmar la posición central que ocupaba la idea de la misión panamericana, pero también pusieron al descubierto su potencialidad como fuente de problemas y controversias. Hay que recordar que, precisamente durante ese período del cambio de siglo, la vida pública de los Estados Unidos se vio enfrascada en una feroz y ruidosa polémica sobre el expansionismo norteamericano, el imperialismo y las implicaciones últimas que el capitalismo monopolista tenía a escala nacional, hemisférica y mundial. Tal circunstancia complicaba enormemente la tarea, tanto práctica como ideológica, de conseguir que una exposición, centrada justamente en tales temas —aunque, por supuesto, expresados en otros términos— llegara a convertirse en una empresa colectiva que tuviera éxito a escala local, nacional e internacional. No cabe duda de que tal contexto contribuyó a aumentar el grado de complejidad ideológica y cultural de lo que, de todas formas, habría sido un acontecimiento que habría desbordado su marco temático y su misión como feria comercial.

Pero la idea panamericana no fue sino uno de los significantes de la feria. El otro fue la electricidad que, desde hacía poco tiempo, estaba propulsando el impresionante crecimiento urbano, e incluso industrial, del cambio de siglo. El reciente desarrollo de la corriente alterna en las Cataratas del Niágara, y la consiguiente posibilidad de hacer circular la energía, hizo de Buffalo —situada a tan sólo 20 millas de distancia— el lugar ideal para anunciar a bombo y platillo que la electricidad sería la fuerza que había de transformar el siglo XX. En consecuencia, si bien la idea panamericana figuraba en el nombre, la electricidad se hallaba inserta en el mismo núcleo de una feria que presentaba de forma espectacular el primer entorno electrificado del mundo; incluyendo una imponente torre de alta tensión de 400 pies de altura y el prodigio de unas ristras de bombillas que, a la puesta del sol, se iban encendiendo lentamente hasta iluminar las siluetas de todos los pabellones.

Ambas dimensiones quedaban aunadas en poderosa combinación en la sorprendente arquitectura de la exposición: el deseo consciente de establecer un contraste con el austero clasicismo de la Exposición Colombina de Chicago no podía ser más patente y explícito. Los pabellones centrales y los edificios oficiales se realizaron imitando un recargado estilo renacentista español, cuyo rasgo más destacado era su profusa utilización del color; vivos tonos pastel y colores terrosos cubrían todas las superficies. Por paradójico que pueda resultar que una feria que

se presentaba como la celebración panamericana del final de la presencia española en el hemisferio, adoptara como símbolo semejante homenaje a la cultura hispana, lo cierto es que tal estratagema cumplía a la perfección su propósito. Por un lado, transmitía una aguda sensación de que se había producido un cambio de enfoque y una transición en relación con las visiones de la “Ciudad Blanca” de la exposición de 1893 y, por otro, planteaba una reorientación en sentido hemisférico, rebosante de potencialidades y energías, e incluso dotada de una cierta sensualidad; envuelto todo ello en el halo romántico de la visión de un hemisferio unificado, cooperativo y americanizado.

Todos estos aspectos decorativos han de relacionarse igualmente con corrientes ideológicas y de pensamiento de mayor alcance, en la medida en que la paleta cromática elegida se asociaba a una serie de conceptos jerárquicos y evolutivos por medio de los cuales se podía ilustrar, en términos cromáticos, una evolución desde lo “primitivo” a lo “civilizado” que, a su vez, se identificaba con el surgimiento de una nueva era de civilización bajo el liderazgo de la democracia norteamericana. Que se recurriera a tan intensa celebración del “color” tan sólo para insinuar su subordinación al poder de lo blanco indica, de manera fehaciente, la existencia de una serie de contradicciones, flagrantes y profundas, que plantean a la imaginación histórica el reto de comprender que, lejos de ser tenidas por contradictorias, tales construcciones podían parecer a los ojos de sus contemporáneos perfectamente coherentes y adecuadas.

A su modo, tales paradojas nos indican que, a la hora de interpretar estos fenómenos, no hay que quedarse en el cuidado envoltorio en el que se nos presentan ni limitarse a subrayar unas contradicciones tan patentes que se pueden descubrir sin necesidad de ser ningún genio. Si, por el contrario, estudiamos la feria desde la perspectiva prismática por la que abogo, nos daremos cuenta de hasta que punto el contenido temático previsto era incapaz de controlar y determinar las representaciones, implicaciones y la recepción popular de esos mismos contenidos. El que así fuera se debió, ante todo, a que los temas previstos se expresaban por medio de una variopinta gama de muestras y exposiciones, y un amplio espectro de experiencias, que abarcaban desde las exposiciones nacionales, de los estados o las de carácter industrial —que constituían el núcleo oficial de la Exposición en su conjunto— hasta la concesión al gusto popular que suponía la inclusión de un área recreativa (conocida como “la Olla”) que, para la mayor parte de los visitantes fue, sin duda, el verdadero corazón financiero y popular de su experiencia global de la feria.

A modo de ejemplo cabe señalar como la insaciable curiosidad que en aquellos momentos existía por la electricidad, la tecnología y los inventos desbordaba el restringido guión ideológico al que pretendía atenerse el plan global de la feria. Aquellas exposiciones concretas que guardaban relación con esa curiosidad, como eran, por ejemplo, las demostraciones sobre el uso de los rayos X o de las incubadoras para recién nacidos, atraían la máxima atención. Por otra parte, tales exposiciones estaban estrechamente ligadas a una serie compleja de desarrollos y transiciones, tanto en el mundo científico como en la propia sociedad norteamericana, que, a su vez, generaban toda una red de asociaciones y resonancias: multitud de

discursos sobre los temas de la infancia, las ciudades y los suburbios, el trabajo social, la salud pública, la mano de obra inmigrante y muchas otras cuestiones, todas las cuales venían a convergir en la recepción y los debates que suscitaban este tipo de exposiciones. Al igual que ocurría con aquellas otras que tenían que ver con las polémicas que se generaban en torno a la tecnología y su futuro.

Los que podríamos denominar “enlaces” implícitos en las presentaciones temáticas (por apropiarnos —pienso que acertadamente— de la terminología de la navegación en Internet), podían —y seguramente así ocurría con frecuencia— subvertir el estrecho marco del guión previsto, haciendo de la exposición una experiencia abierta, impredecible e interactiva, que desbordaría los propósitos prefijados por los organizadores. Constituye un desafío fascinante —y esa es la tarea de la que actualmente me ocupo— comprobar si, de igual manera que los modernos sistemas informáticos poseen una capacidad, cada vez más desarrollada, para seguir una serie de enlaces en la fluida navegación del espacio cibernético, es posible que las fuentes históricas nos iluminen y nos proporcionen algunas pistas —e incluso quién sabe si algunas pruebas fehacientes— sobre las distintas formas, conscientes o inconscientes, de hacer uso e involucrarse en la exposición.

En este sentido, el área recreativa constituye por sí misma todo un reto. Resulta tentador, por ejemplo, establecer una distinción fundamental y nítida entre los pabellones oficiales, dedicados a mostrar los desarrollos industriales de manera didáctica, y el área de “La Olla”, destinada a las atracciones comerciales. Como señalaba Mr. Dooley, el famoso personaje creado por Finley Peter Dunne en la prensa diaria: “por cada hombre que va a la feria para ver como se fabrica un par de botas, hay veinte que van para ver bailar el hula-hula, y allí es donde, al final, van a parar la mayoría”. En “La Olla” había muchas atracciones de este estilo; desde el espectáculo de “El Viaje a la Luna” o un circo con animales salvajes, hasta la representación de “Fátima en las Calles de El Cairo” o las fiestas de la cerveza de los jardines de Nuremberg. Tales servicios y diversiones no tenían mucho que ver con el entorno temático de la feria, pero tampoco resultaban incongruentes con su carácter de entretenimiento popular. Cabría interpretarlas como un texto de rasgos bien diferenciados que contendría información sobre una serie de patrones de comportamiento en relación con el consumo, la curiosidad, el sexo o las diversiones, que en el crisol de la cultura de unos Estados Unidos, industriales y urbanizados, evolucionaban de forma entrelazada y a toda velocidad.

Todo lo que acabamos de señalar resulta sin duda interesante, pero lo cierto es que, en muchos casos, los discursos que se expresaban en “La Olla”, y las recepciones a las que daban pábulo, eran de carácter mucho más complejo e intrincado. Una parte esencial de las atracciones la constituían una serie de espacios dedicados a temas históricos o etnográficos. Dichas atracciones estaban impregnadas de la ideología y de las ideas preconcebidas de la época, aunque tal circunstancia podía manifestarse de forma muy compleja. De hecho, la línea de demarcación entre las atracciones y los pabellones de exposición propiamente dichos no era tan nítida como podía pensarse. El caso de la Aldea Filipina, en la que se ofrecía al público norteamericano una visión de sus más recientes súbditos coloniales, puede servirnos de ejemplo. En 1904 había formado parte de la sec-

ción oficial de la Feria de San Luis, sin embargo, en la Feria de Buffalo de 1904, algo muy similar se había incluido entre las atracciones. En realidad, las atracciones que se ofrecían en el área recreativa de Buffalo tenían, en su mayor parte, un carácter más didáctico y educativo que lúdico; venían a ser algo así como “clases prácticas” de educación popular y guardaban una relación más estrecha con el tipo de cosas que se pueden encontrar en lugares como Epcott Center o Disney World que con un parque de atracciones en sentido estricto. Al margen de todas las consideraciones que se puedan hacer sobre el carácter de la exposición oficial, considero que la atracción que ejercía el didactismo de tales diversiones pone de relieve un complejo conjunto de mensajes sobre la cultura norteamericana, a la vez que nos ofrece una visión de los distintos intereses, ideas preconcebidas y preocupaciones que se hallaban presentes en aquella época.

En un período en el que la sociedad norteamericana, tanto desde una perspectiva interna como internacional, se concebía en términos marcadamente raciales, la utilización que se hizo del racismo seudocientífico, o de la más banal de las etnografías, no pudo ser más explícita. Sirvan de testimonio, por ejemplo, el espectáculo del área recreativa, “África Tenebrosa” o el igualmente degradante, “La Vieja Plantación”, en el que, “negros auténticos” traídos del sur, escenificaban la nostálgica leyenda de un viejo Sur que, ya entonces, se encontraba sometido a un galopante proceso de manipulación; uno de los componentes esenciales de un final de siglo caracterizado por el atrincheramiento racial y el renovado impulso a la supremacía blanca. Pero había también imágenes y acontecimientos de signo contrario; por ejemplo, la presencia de una reproducción en escayola del monumento conmemorativo de Saint Gauden sobre el 54 de Massachusetts, el famoso regimiento de la Guerra de Secesión integrado exclusivamente por soldados negros. A lo que cabría añadir una variada gama de eventos y actividades —que constituyen unos textos, quizás no tan llamativos como los pabellones de la exposición, pero posiblemente de mayor relevancia— entre los que se incluían una serie de mítines y discursos que contaron con la participación de destacados líderes sociales, como W. E. B. DuBois, que veían en la Exposición una plataforma privilegiada para la difusión de sus ideas.

En el denominado “Congreso Indio” se exhibía al cautivo Gerónimo junto a los habituales espectáculos sobre los combates del Salvaje Oeste y otras atracciones similares. Y, no obstante, el espacio concedido al tema indio fue también un verdadero Congreso, donde se encontraron un amplio espectro de líderes indígenas con el serio propósito de intercambiar experiencias y de difundir sus mensajes a los Estados Unidos y al resto del mundo, a través del altavoz que les ofrecía la feria mundial. De hecho, para la Confederación Iroquesa, cuyo centro se encontraba a escasa distancia en el propio estado de Nueva York y que, tanto entonces como en la actualidad, tenía un notable peso específico y contaba con conexiones internacionales, la Exposición tuvo una especial relevancia en su doble condición de foro y de acontecimiento; un acontecimiento, por cierto, cuyas contradicciones no debieron de amedrentarles en demasía, dada su experiencia previa en relación con el desarrollo turístico de la región de las cataratas del Niágara, que había precedido en muchos años al alboroto que se había montado alrededor de la Pan-Am.

Como tales ejemplos indican, es mucho lo que se puede llegar a aprender, si en lugar de limitarnos a tomar en consideración los temas básicos que se expresaban o quedaban reflejados en la Exposición, pasamos a considerarla como un complejo campo de interacciones que nos permitiría extraer un buen número de lecciones sobre las fuerzas que actuaban en el cambio de siglo y sobre la forma en que se empleaban y se entendían tales fuerzas. Al fin y al cabo, no se necesita una dosis especial de perspectiva o inteligencia histórica para percibir aquellos temas que la Exposición expresaba o reflejaba de forma más clara. De hecho, tengo la impresión de que, en su propia época, tales temas se percibían con toda claridad pero que, al hacerlo, los contemporáneos transformaban, asumían, deformaban, refutaban o ignoraban distintos aspectos de los mismos según una multiplicidad de pautas que merecerían ser objeto de un estudio más minucioso; una tarea de la que espero poder ocuparme en los próximos meses.

Un último ejemplo supone una excepción, que si bien no llega a confirmar la regla, no por ello deja de reforzar su utilidad; me refiero al asesinato del presidente William McKinley a manos del anarquista confeso, Leon Czolgosz; un suceso que tuvo lugar el día 6 de septiembre durante la recepción que McKinley ofreció en el Templo de la Música de la Exposición. Generalmente se ha venido considerando que tal hecho no fue sino una variable fortuita y completamente externa que, por desgracia, había destruido el momento de gloria de Buffalo y empañado el éxito de la Exposición. En opinión de muchos —y no tan sólo a escala local— tal suceso supuso una humillante afrenta a la ciudad, e incluso pudo tener cierta incidencia en su largo declinar durante el siglo XX. A este respecto tampoco ayudó mucho que, al poco tiempo, se produjeran imputaciones de incompetencia contra los servicios quirúrgicos de urgencia, a los que se consideraba responsables del envenenamiento sanguíneo que habría derivado en una serie de complicaciones que, dos semanas más tarde, causarían la muerte de McKinley.

Sin embargo, en ciertos aspectos, el trágico incidente guarda estrecha relación con el enfoque prismático de la Exposición que he venido defendiendo en estas líneas; de hecho, podría decirse que actúa a modo de prisma dentro del prisma, realzando la capacidad general que el acontecimiento tiene para hacer convergir y refractar a la vez las complejas dimensiones históricas que caracterizan la época. Contemplado desde esta perspectiva, nos daremos cuenta de que tal asesinato posee una relación orgánica con todos los temas de la Exposición. Veamos algunos ejemplos. McKinley era uno de los principales artífices de la política comercial panamericana desde mucho tiempo antes de que tomara aquella angustiosa decisión de medianoche (según el mismo declaró), por la que asumía la responsabilidad de aceptar en nombre de los Estados Unidos la posesión de Las Filipinas (de población mayoritariamente católica) con objeto de que pudieran ser “cristianizadas”. Lo cierto es que su presencia en Buffalo no tenía ni mucho menos el carácter de una mera visita protocolaria, sino que era la culminación de una gran gira a escala nacional en la que había tratado de obtener apoyos para su agresiva política comercial hemisférica. A este respecto, resulta curioso constatar las sorprendentes similitudes que existen entre sus argumentos y los expresados recién-

temente por el presidente Clinton en sus distintos viajes y declaraciones. (Tal paralelismo subyace igualmente en el consejo de uno de los miembros del comité organizador del proyecto para la Exposición del 2001, cuando hizo notar que “se puede hacer cualquier cosa, menos invitar al presidente”).

Pero lo fundamental es que, en gran medida, McKinley personificaba el complejo mundo del poder y la política norteamericanas del cambio de siglo, del mismo modo que su asesino, dejando al margen aquellos rasgos que le eran privativos y el hecho de que hubiera actuado de forma aislada, era todo un símbolo de las profundas corrientes de malestar laboral y urbano, de extremismo político (tanto nativo como inmigrante), y de división cultural, que afloraron a la superficie en la Norteamérica urbana de finales de siglo, a pesar de todos los proyectos utópicos y las seductoras diversiones que ofrecían las exposiciones que, durante aquellos años, se organizaron periódicamente en varias de las grandes urbes industriales estadounidenses.

En este sentido, quizás exista alguna relación entre este contexto y los incidentes que se produjeron el último día de la Exposición (el día dedicado a Buffalo, en agradecimiento por el apoyo prestado por la comunidad local). Aquel día, una muchedumbre descontrolada y bullanguera, acabó destruyendo muchos de los pabellones; un acontecimiento que indignó profundamente a los testigos más respetables, por más que las incesantes lluvias de aquel otoño hubieran comenzado ya a hundir en el barro aquellas efímeras construcciones de escayola que, de todos modos, estaban destinadas a ser desmanteladas cuando concluyera la exposición.

Más allá de todos estos entramados de implicaciones, la historia de McKinley nos vuelve a mostrar al foco prismático desplegando un espectro más amplio de significados, en esta ocasión, con resultados un tanto sorprendentes. Aunque no se “teorizara” en su momento, no cabe duda alguna de que a sus contemporáneos no les pasó inadvertido el hecho de que, en una feria en la que se exhibían aquellos aparatos de rayos X y sistemas de iluminación eléctrica que habían fascinado al mundo, la operación quirúrgica de emergencia a la que había sido sometido McKinley se había realizado —en el propio recinto de la Exposición— sin luz eléctrica ni aparatos de rayos X y que a ello se debió, posiblemente, que no se pudiera localizar y extraer la bala que había causado el fatídico envenenamiento de sangre. De todos modos, la electricidad no tardaría en entrar en acción cuando, a los pocos meses del atentado, el asesino era electrocutado en medio de una airada controversia sobre las posibles repercusiones sociales del uso de esta tecnología; una controversia que no era sino un episodio más del largo combate que históricamente sostenían Westinghouse y Edison por el control del proceso de electrificación. (Los partidarios de Edison hicieron todo lo posible para conseguir que se sustituyera el término electrocutar por el de “Westinghousear” con objeto de empañar la imagen de la tecnología rival). Entretanto —volviendo de nuevo a una feria que estaba a punto de concluir— Jumbo, el elefante del área recreativa, se había vuelto incontrolable hasta tal punto que se llegó a la conclusión de que no quedaba más remedio que sacrificarlo. Los organizadores no dejaron escapar esta última oportunidad de promocionar uno de sus temas y decidieron montar una electrocución pública del animal en el estadio de la Pan-Am.

Sin embargo —debido al grosor de su piel— cuando se accionó el interruptor no pasó nada. El público asistente prorrumpió en sonoras carcajadas y aplausos —ese mismo público, me imagino, que a lo largo del verano se había sentido implicado y fascinado de maneras hartamente complejas por el color y las luces eléctricas de la que se había denominado (de nuevo el contraste con Chicago), “La Ciudad Arco Iris”. Un público para el cual, los significados de los colores, de aquellos “otros” seres humanos que allí se exhibían o de las visiones de un orden hemisférico utópico, puede que hayan resultado —como este anecdotario del prisma sugiere— más imprevisibles y variopintos que aquellos que se insertaban en los superficiales marcos de interpretación didáctica que los organizadores y los promotores de la Exposición habían tratado de imponer de modo hartamente ineficaz; caso, por ejemplo, de la progresión de colores desde el primitivo marrón al blanco marfil.

Quisiera detenerme aquí, confiando en que los ejemplos que he ido poniendo hasta ahora basten para sugerir las múltiples posibilidades que encierra concebir tales momentos en términos prismáticos, esto es, como si se trataran de lentes a través de los cuales nos sería dado acceder, en una primera aproximación, a la riqueza histórica de los finales de siglo en todas sus dimensiones, permitiéndonos finalmente aprehenderla en toda la extensión del término.

Espero que en los debates subsiguientes y en las sesiones finales de este congreso tendré la oportunidad de hablarles un poco más de nuestros esfuerzos por crear en Buffalo una especie de marco prismático para el año 2001. En la actualidad, nuestros diversos mundos se hallan sometidos a unos procesos de cambio tan espectaculares e intensos como los que tuvieron lugar en 1901, con los que, además, presentan sorprendentes paralelismos —por ejemplo, en lo que hace referencia a los mercados, el comercio o la globalización de las políticas económicas, al inmenso impacto de unas tecnologías con gran poder transformador o al desafío que supone integrar la diversidad cultural y racial en un marco de igualdad cívica. Utilizando como trampolín el centenario de la Exposición Panamericana, mis colegas y yo aspiramos a movilizar estas investigaciones históricas con objeto de que cristalicen en una toma de postura pública e internacional con respecto a nuestro propio fin de siglo y de milenio. Se trataría, en suma, de dar forma, contenido y orientación a los aspectos cruciales que han de ser tomados en consideración e insertados en un marco adecuado en el año 2001.

Quiero creer que tal esfuerzo puede resultar de alguna utilidad —e incluso quizás proporcionar recursos y brindar oportunidades— para el diálogo de mayor alcance que se establecerá en las sesiones finales de este Congreso de Madrid. Aguanto lleno de interés el inicio de tales debates, convencido —como les ocurría a tantos en los años 1900 y 1901— de la necesidad imperiosa de ir más allá del mero estudio de la historia y pasar a debatir el papel que pueden desempeñar los historiadores en la configuración de un discurso público útil, tanto en Europa como en el hemisferio occidental y aún más allá, en el alborear de un nuevo siglo que, sin duda, exigirá de nosotros la más clara y fundamentada comprensión que seamos capaces de alcanzar sobre la manera en que nuestros distintos mundos cambian.

Traducción: Borja GARCÍA BERCERO